

cuando con su apoyo se haya vencido á los protestantes, los vencedores se volverán contra él. La cosa era clara como la luz para quien quisiera abrir los ojos. ¿Qué respondió el elector? "Que Fernando no pedía más que la paz, y que no pensaba en destruir la Reforma." No tardó en cumplirse la predicción del landgrave: despues de la derrota del rey de Bohemia, los luteranos fueron expulsados y perseguidos como los calvinistas. El elector se quejó de ello en los actos oficiales; mas, si hemos de creer al cardenal *Caraffa*, sus protestas no tenían más objeto que salvar las apariencias; los hechos demostraron bien pronto que el legado no calumniaba al jefe de los luteranos: en cuanto se le hubo entregado en prenda la Lusacia, aprobó la deposición del elector palatino y la trasmisión de la corona electoral al duque de Baviera (1).

Cuando el elector palatino, el desgraciado *rey de invierno*, hubo sucumbido, no encontró ya el protestantismo otros héroes que algunos heroicos aventureros; y fué necesario que el extranjero interviniese. Así, desde el origen de la guerra de treinta años se hizo indispensable la intervención extranjera por la inercia de los que habrían debido empuñar la defensa del protestantismo, aunque no hubiese sido sino por interés personal, pues que la causa de los príncipes protestantes de Alemania se confundía con la de la Reforma. El rey de Dinamarca, que fué el primero que entró en liza, encontró poco apoyo en Alemania; apenas hubo experimentado un revés, se apresuraron á abandonar los príncipes que por él se habían pronunciado. Oigamos al analista de la guerra de treinta años, el conde de *Khevenhiller*; dice cándidamente que "el duque de Brunswick, al ver que la fortuna era contraria al rey y que las cosas iban mal, se arregló con el emperador." La mayor parte de los Estados del Círculo de la Baja-Sajonia siguieron este noble ejemplo (2). Esto pasaba ya ántes de la batalla de Lutter. La victoria de Fernando II puso á su discreción la Alemania entera. En vez de sublevarse contra el insolente vencedor, rivalizaron en abyección los príncipes protestantes, humillándose ante la fuerza; y lejos de excitar su valor el edicto que les obligaba á restituir los bienes eclesiásticos, los llenó de terror: no osaron siquiera manifestar su

(1) *KHEVENHILLER, Annales*, t. IX, p. 842-848, 1657 y sig.—*A. MENZEL*, t. VI, p. 437-447; t. VII, p. 85-93.
(2) *KHEVENHILLER, Annales*, t. X, p. 1224, 1226.

descontento; ¿qué digo? ¡se deshicieron en bajas alabanzas del invencible emperador! Algunos hombres animosos creyeron que era preferible acudir á las armas á dar incienso á Fernando; pero se les respondió con la máxima servil que se emplea para excusar todas las cobardías, que era preciso obedecer á las órdenes de la autoridad superior (1).

Un héroe, enviado por Dios, levantó la bandera de la Reforma. ¿Quién no había de creer que los protestantes, pisoteados, despojados, amenazados en su fe y en su independencia, acudieran al llamamiento del libertador? Gustavo Adolfo no encontró más que enemigos en Alemania, aún en aquellos que venía á librar de la servidumbre: ¡los electores protestantes se unieron á los electores católicos y al emperador para tratarlo como enemigo del imperio! (2). Aunque abandonado á sí mismo, el rey de Suecia fué victorioso. ¿Devolvieron sus victorias el valor al partido protestante? Los príncipes se despertaron, en efecto, de su sueño de muerte; mas en vez de ser terribles para el enemigo, se cubrieron de ridículo. Su única preocupación era el edicto de restitución, y se dirigieron al elector de Sajonia, manifestándole que su interés estaba igualmente en peligro. El elector se negó durante largo tiempo á escucharlos, y los remitió á Fernando, diciéndoles que debían esperar la satisfacción de sus quejas de la justicia del emperador. Decidióse al fin á convocar á los príncipes protestantes en Leipzig. Allí se habló de los males intolerables de la guerra, de la violación de todos los derechos, de todos los privilegios y de las expropiaciones que habían seguido al edicto de restitución. Despues de estas jereniadas inútiles era preciso adoptar resoluciones. Gustavo Adolfo había anunciado sus triunfos á los príncipes alemanes, á fin de infundirles aliento. Mas ellos decidieron tratar, ante todo, de entenderse amistosamente con los príncipes católicos: ¡y la guerra era una lucha á muerte del catolicismo contra el protestantismo! ¡Pidieron la revocación del edicto de restitución, y Fernando acababa de declarar que no lo revocaría! ¡Reclamaron la protección imperial contra las horribles exacciones del ejército, y este ejército que arruinaba á Alemania era el ejército del emperador! ¡Para colmo de ridículo, el elector

(1) *Die hohe Obrigkeit!* (A. MENZEL, t. VII, p. 199).
(2) *CHEMNITZ, Der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 95.

de Sajonia escribió largas epístolas á la asamblea, en las cuales hablaba de su reconocido celo por la verdadera religión y de su valor indomable! Hay que creer que los príncipes alemanes tuvieron miedo de las medidas revolucionarias que acababan de decretar, pues que se apresuraron á protestar de que no iban dirigidas contra el emperador y de que conservaban el respeto y la obediencia que debían á su jefe (1). En verdad, tuvieron razón los jesuitas para mofarse "de los pequeños principillos, de sus reuniones insignificantes, de sus más mezquinas deliberaciones y de sus necias decisiones," (2).

Gustavo Adolfo no se desanimó; entabló negociaciones con los príncipes protestantes para ganarlos á su causa y obtener de ellos, si no una alianza, explícita, á lo menos un concurso secreto. El elector de Sajonia, sin rechazar estas ofertas, respondió, con una increíble necedad, ¡que deseaba ser el amigo de Gustavo Adolfo, sin ser enemigo del emperador! (3). Al fin le llevó la fuerza de las cosas á firmar un tratado de alianza; pero el duque de Sajonia no se había unido al rey de Suecia sino bajo la presión de la necesidad; y en cuanto el héroe sueco hubo sucumbido en los campos de Lutzen, el miserable príncipe negoció con el Austria. La paz de Praga fué una vergüenza para el elector y para todos los príncipes protestantes. El duque no pensó más que en garantizar sus intereses: para obtener la Lusacia, tan ardentemente codiciada, sacrificó á los reformados y consumió la ruina del príncipe palatino, no estipulando sino una pensión para aquel que había sido rey de Bohemia, y esto á condición de que se humillara ante el emperador. En cuanto á los intereses generales del protestantismo, ni siquiera se hizo de ellos cuestión en la paz de Praga. El elector se excusó de haber tratado sin ponerlo en noticia de sus aliados los Suecos, invocando la salud de la patria alemana, desgarrada hacia tiempo y asolada por las hordas salvajes que componían los ejércitos de las dos partes beligerantes (4).

(1) *CHEMNITZ, Der grosse schwedische Krieg*, t. I, páginas 100, 133-136.—*KHEVENHILLER, Annales*, t. XI, p. 1561-1567, 1580.

(2) "Die armen lutherischen Fürstelein.—Halten zu Leipzig ein Conventlein. Wer ist dabei? Anderthalb Fürstelein.—Was wollen sie anfangen? Ein klein Kriegerlein..." (*RAUMER, Geschichte Europas seit dem XV Jahrhundert*, t. III, p. 511).

(3) *CHEMNITZ, Der schwedische Krieg*, t. I, p. 159.

(4) *KHEVENHILLER, Annales*, t. XII, p. 1725, 1740.

Difícil es tomar en serio este patriotismo; era, por lo menos, un patriotismo muy mal entendido. Por lo mismo que ponía el imperio á merced de Fernando, el elector rebajaba la patria alemana; porque no había independencia ni libertad posible para Alemania sin garantías religiosas. El duque de Sajonia hizo traición juntamente á sus aliados y á la causa del protestantismo. Se suspendió únicamente el edicto de restitución, y subsistieron, por lo demás, las causas que habían dado nacimiento á la guerra: diríase que la paz tenía por objeto perpetuar la lucha. Lo cierto es que tal era el designio de los católicos (1). Todo lo que se puede decir para atenuar la falta del príncipe sajón es que no fué él solo culpable: era el órgano fiel de los mezquinos sentimientos de su partido al tratar con el Austria. La convención de Praga fué acogida como un beneficio por todos los príncipes protestantes, aunque estaban advertidos por Francia de que las concesiones aparentes del emperador eran un engaño católico (2). Un solo hombre se resistió á las ofertas seductoras de Fernando, Bernardo de Sajonia-Weimar; pero éste era un príncipe sin Estados (3).

La paz de Praga eternizaba la guerra. Pero ¿quién iba á sostener la lucha, cuando los príncipes alemanes desertaban de su propia causa? Suecia era por sí sola impotente; la sangrienta derrota de Nordlingen vino, si no á destruir su poder, á quitar, á lo menos, el prestigio á sus armas. El protestantismo estaba, otra vez más, comprometido. Y esto es tan cierto, que el gran canciller Oxenstiern, aquel hombre más álvio que un rey, estaba dispuesto á tratar, renunciando á todas las conquistas de Gustavo Adolfo y contentándose con una indemnización por gastos de guerra: Suecia se vió obligada á sufrir las leyes de Richelieu. Así, nueva apelación al extranjero, nuevos combates, hasta que, reducida á la última extremidad la Casa de Austria, consintió en reconocer la paz de Westfalia, al propio tiempo que se vió obligada á abdicar de la ambición de la monarquía universal.

(1) En una carta de un jesuita de Colonia se lee: "Latet ubique anguis in herba: nihil concessum, nihil conclusum, quod a nostris non fuerit ponderatum et in recessu aliquid non habeat" (*HELBIG, der Prager Friede*, en *RAUMER, Taschenbuch*, 1858, p. 605).

(2) La carta del jesuita de Colonia cayó en manos de los Franceses, que la comunicaron al duque de Sajonia (véase la nota anterior).

(3) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VIII, p. 1-3.

La Reforma se salvó; su existencia fué garantida por un tratado solemne, base de la constitución política de Europa; pero ¿quién la salvó? No fueron los protestantes de Alemania, que hicieron todo lo posible por hacer traición á su causa y aruinarla, sino dos hombres de genio, Gustavo Adolfo y Richelieu, sobre todo el héroe sueco. Richelieu se preocupaba exclusivamente del interes político: príncipe de la Iglesia romana, no podía tener ninguna simpatía por el protestantismo; mas veía en él un instrumento para debilitar á la Casa de Austria y á Alemania. Gustavo Adolfo tenía espíritu más abierto que el ministro francés; y á él le toca la gloria de haber combatido por la Reforma cuando su ruina era inminente. Él mismo dice que intervino en la lucha para salvar el protestantismo y socorrer á sus hermanos que gemían desde tan largo tiempo bajo la tiranía de Austria; y en el primer tratado que concluyó, estipuló que la alianza se hacía para la defensa de la religion (1). Digno era de esta elevada mision Gustavo Adolfo. Nada había en él de la mezquina intolerancia que distingue á los protestantes de Alemania; el guerrero no dejaba puesto al sectario, y, sin embargo, era profundamente religioso. Al desembarcar en el suelo aleman, se puso de rodillas y oró; y dijo á los oficiales que le rodeaban: "La oracion ayuda á combatir; orar bien es la mitad de la victoria," (2). ¿Qué diferencia entre el rey de Suecia y Fernando! El César austriaco señaló todas sus victorias con un recrudescimiento de intolerancia; expulsó á los protestantes, sus propios súbditos, cuando los dragones no lograban convertirlos; no concebía más que una forma religiosa, la del catolicismo romano, y ponía su caridad en exterminar á cuantos se negaban á adorar á la Virgen, á los santos y las reliquias. Gustavo Adolfo, educado en los estrechos sentimientos de una Iglesia tan intolerante como el catolicismo, asombró y escandalizó á sus amigos de Alemania asistiendo á misa. Trató con rara indulgencia á sus mayores enemigos, á los monjes y hasta á los jesuitas (3). Los protestantes no comprendían al héroe del Norte, y no le comprenden tampoco los historiadores modernos, cuando atribuyen á cálculos políticos sentimientos que

(1) CREMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 61, 64.
 (2) CREMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 55.—KHEVENHILLER, *Annales*, t. XI, p. 1306.
 (3) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 338.—SCHULCKENIO, *Geschichte der Jesuiten in Deutschland*, t. II, p. 78, 80.

eran el instinto del genio. Hay un rasgo que lo caracteriza admirablemente: se hizo amar de los católicos como de los protestantes; todos los cronistas contemporáneos le son igualmente favorables, sea cualquiera el partido á que pertenezcan. La religion de Gustavo Adolfo es la religion de lo porvenir, la religion de la humanidad; está por cima de las confesiones y de sus odiosas rivalidades. Conquistador de la raza de César y de Alejandro, viene á unir á los hombres y no á dividirlos.

Sucede ordinariamente que reniegan de los salvadores aquellos mismos á quienes éstos vienen á salvar. Los escritores alemanes acusan á porfía la ambicion del rey de Suecia y los excesos de sus soldados. Olvidan que la ambicion es el móvil de las grandes acciones: si Gustavo Adolfo no hubiera sido ambicioso, se habría quedado en su reino; y entónces ¿qué habría sido del protestantismo? En cuanto á las crueldades que hacen de la guerra de treinta años la más espantosa de todas las guerras, el héroe sueco no es responsable; él solo acaso mostró humanidad en aquella lucha de bárbaros y de salvajes. Cuando la fuerza se desencadena, los excesos son inevitables. Un medio hubo de haber evitado la guerra de treinta años y librado á Alemania de la ruina y de la vergüenza, el haber luchado cuando aún era tiempo por la causa de la Reforma, el haberla afirmado por vías pacíficas, ó, si se hacia preciso, por la guerra, uniendo las fuerzas de los protestantes contra las invasiones del catolicismo. En vez de esto, los protestantes de Alemania se desgarraron por divisiones intestinas y gastaron su energia en disputas teológicas. Empero la Reforma, que ellos comprometían con su ceguedad y su inercia, debía prevalecer, porque en los designios de Dios era un paso hácia la religion de lo porvenir; y no pudiendo vencer por las vías regulares de un progreso continuo, se hicieron indispensables revoluciones y guerras para asegurar su triunfo. ¿Á quién se debe acusar de los males que necesariamente acompañan á estas conmociones violentas? Si hay culpables, son los que hubieran podido prevenir las revoluciones, no los que las hacen.

§ III.—El catolicismo y la guerra de treinta años.

La guerra de treinta años salvó la Reforma en Alemania y en toda la cristiandad, y contuvo por

esto mismo la reaccion católica. Hay historiadores que niegan que fuera religiosa la sangrienta lucha del siglo XVII; pero esto equivale á negar la luz del sol. ¿No fué en nombre de la religion como las hostilidades comenzaron? Los contemporáneos no pensaban en negarlo (1); mas, como siempre sucede, cada uno de los dos partidos trataba de hacer al otro responsable de las desgracias de la guerra; es la intolerancia de la Casa de Austria la que provocó la insurreccion en Bohemia, decían los protestantes (2); es la herejía, dice el cardenal Caraffa, lo que encendió la rebelion (3). Religiosa en su principio, la lucha fué religiosa hasta el fin, bien que se mezcláran intereses políticos con la religion, y aún á veces llegáran á dominarla. La guerra de treinta años fué el combate supremo del protestantismo y el catolicismo. En el siglo XVI, el papado lo atacó por las armas en Francia, en Inglaterra, en los Países-Bajos; en todas partes salió vencedor el protestantismo. Para destruirlo, trató el papado de ahogarlo en su cuna.

Hemos seguido el movimiento de la reaccion católica en Alemania, y hemos visto que Fernando II negó que tuviera el proyecto de destruir la Reforma; mas el ciego discípulo de los jesuitas no podía tener otro designio que el de sus maestros; ahora bien, el partido ultramontano quería un combate á muerte, y hé ahí por qué, como lo mostraremos más adelante, se opuso á todas las tentativas de pacificación. El fanatismo de estos hombres era tal, que los horrores de una lucha que ha espantado á la posteridad les parecían una bendición divina. Y no exageramos: oigamos al cardenal legado Caraffa. Despues de las primeras victorias de la Casa de Austria, escribía que la guerra era un instrumento en las manos de Dios para el restablecimiento del catolicismo: "Nunca, dice, habrian vuelto á la fe las poblaciones de la Bohemia si, por un admirable designio de la Providencia, no se hubieran sublevado; la insurreccion dió al emperador la victoria y la ocasion de restaurar la verdadera religion," (4). Fernando fué en esta circunstancia,

(1) El *Thestrum Europæum* (t. I, p. 3) dice que la guerra de treinta años fué una guerra de religion.

(2) Declaracion de los Estados de Silesia de 12 de Octubre de 1618: "Doss die in Böhmen entstandene Unruhe aus nichts anders als aus der Religion herrühe." (KHEVENHILLER, t. IX, página 175).

(3) CARAFFA, *Germania Sacra*, p. 3.

(4) CARAFFA, *Germania Sacra*, p. 233.

como siempre, de la opinion de los jesuitas, que dirigían ó más bien cegaban su conciencia (1): "Es Dios mismo, dice, quien ha llevado á los Bohemos á sublevarse, para proporcionarme el derecho y los medios de destruir la herejía," (2). Hasta se ha acusado á los jesuitas de haber suscitado las perturbaciones de Bohemia, á fin de tener un pretexto para ensañarse contra el protestantismo. Acaso es hacerles honor de demasiada prevision; pero lo cierto es que, despues de la derrota de los Bohemos, se despertó en los católicos la aficion á las insurrecciones: el embajador de España aconsejó á Fernando que provocara una rebelion en Hungría, á fin de destruir en ella el protestantismo, como lo había hecho en Bohemia (3). Bethlem Gabor desbarató los cálculos de esta honrada política.

Tales eran los designios y tales las esperanzas de los católicos despues de las primeras victorias del invencible Fernando (4). Al cabo de una lucha furiosa de treinta años, desarmó la paz de Westfalia á los combatientes; pero en vez de la victoria del catolicismo, consagró su derrota. En vano se pretendería negarlo. ¿Cuál fué el fin constante del papado, desde que la revolucion del siglo XVI hubo roto la unidad cristiana? Fundándose en la fuerza, en el poder de la Casa de Austria y en el genio de los jesuitas, intentó restablecer la unidad. Y ¿á qué condujeron sus heroicos esfuerzos? Al tratado de Münster, que mantuvo y legalizó la division, lo cual significa que Roma fué vencida, porque el principio de su existencia es la dominacion universal, exclusiva, de la Iglesia católica. El poder irresistible de los hechos la obliga á renunciar á esta soberbia ambicion. Hay, sin duda, todavía fanáticos que sueñan con el imperio del mundo para el catolicismo, mas nada tenemos que ver con los soñadores; los hombres de sentido confie-

(1) En 1618 escribió un jesuita de Passau al reverendo padre Lamormain: "Deus det nostris principibus bonum animum. Nunquam erat major occasio eripiendi Bohemis omnia privilegia, que sunt in detrimentum religionis, Literas Majestatis, et recuperandi templa." (*Thestrum Europæum*, t. I, p. 43).

(2) KHEVENHILLER, *Annales*, t. IX, p. 78.

(3) HORMAYR, *Taschenbuch*, 1836, p. 286: "Gubernatores, quibus poterunt technis, eos circumveniant, pennis excogitatis delinquentes afficiant, et invaditis modis exaritent; sic gens hæc jugi impatientissima, necessario seditionem aliquam excogitare debet, et contra gubernatores insurgere; quo pacto, inaudita causa, tanquam contra violatores majestatis procedendo, vicina implorabunt auxilia et ex voto succedet negotium nostrum."

(4) La victoria de Praga fué celebrada como "la victoria de la Iglesia católica contra los enemigos de la fe." (*Oratio eucharistica de gloriosa et salubri Ferdinandi II victoria, habita a SCHULCKENIO, protonotario apostolico*).